

Principio de placer y principio de realidad ¹

Paul Ricoeur
(FRANCIA)

“Más allá del principio del placer. . .”, esto, en 1920, quiere decir: introducir la pulsión de muerte en la teoría de las pulsiones. Y sin embargo, hubo siempre, en la doctrina de Freud, un más allá del principio del placer, el cual no cesó de llamarse principio de realidad. Es, pues, imposible apreciar el alcance de la revolución impuesta por la pulsión de muerte a la teoría de las pulsiones, sin haber ubicado previamente la polaridad inicial, la del placer y la realidad.

Ahora bien, el concepto de realidad, en Freud, es menos simple de lo que parece. Se puede esquematizar su desarrollo de la manera siguiente:

1) En el punto de partida, los dos principios del “funcionamiento psíquico”, para hablar como un importante pequeño artículo de 1911, corresponden aproximadamente a lo que hemos llamado “proceso primario” y “proceso secundario”; hemos expuesto más arriba el sentido de estas expresiones y nos limitaremos a transcribir este análisis en los términos de la oposición que aquí nos interesa. Es pues de entrada en un contexto clínico —el de la teoría de la neurosis y del sueño—, donde este primer concepto ha sido elaborado; los escritos metapsicológicos de 1914-1917 consagran una primera ampliación del concepto de realidad, dándole un sentido económico, homogéneo con el que la primera tópica confiere, por otra parte, a las nociones de inconsciente, preconscious y consciente; la realidad será, a “grosso modo”, el correlato de la función de conciencia. Pasando así de un sentido descriptivo y clínico a uno sistemático y económico, habremos transcrito en un nuevo registro, pero no lo habremos verdaderamente transformado, al concepto inicial.

¹ Capítulo 1º de la tercera, parte del libro, II de: “De l’interprétation, essai sur Freud”. Aux Editions du Seuil, Paris, 1965

2) Un segundo enriquecimiento del principio de realidad debe buscarse por el lado de la investigación de la relación objetal; permanecemos todavía a nivel, no sólo de la primera teoría de las pulsiones (oposición de las pulsiones sexuales y de las del Yo), sino también de la primera tópica (representación del aparato psíquico como una serie de zonas: inconsciente, preconsciente, consciente).

3) Una transformación más decisiva de la noción de realidad está ligada a las dos formas más importantes de la teoría que hemos considerado en los capítulos anteriores: la introducción del narcisismo por una parte; el pasaje a la segunda tópica, por la otra. Por razones diferentes, pero convergentes, estas dos reformas se traducen por una dramatización creciente de la oposición entre principio de placer y principio de realidad:

lo real no es ya solamente lo contrario de la alucinación, es la dura necesidad, tal como se la descubre más allá del abandono de la posición del narcisismo, y más allá de los fracasos, de las decepciones y de los conflictos, que culminan en la época del Edipo. La realidad se denomina entonces necesidad y, a veces ya, Ananké.

La gran “remitologización” de la teoría de las pulsiones, que consideraremos en el capítulo siguiente y que simbolizan Eros y la muerte, no dejará de repercutir sobre este proceso de dramatización; abandonaremos en este umbral la noción freudiana de realidad, para reencontrarla al cabo de nuestro estudio sobre la muerte. Hablaremos, pues, dos veces del principio de realidad: antes y después de la pulsión de muerte. El pasaje de una representación “científica” del aparato psíquico a una interpretación más “romántica” del juego del amor y de la muerte, no podrá menos que afectar el sentido mismo que toma la noción de realidad en el freudismo: antes de la pulsión de muerte, la realidad es un concepto regulador de igual rango que el principio del placer; y por esto se llama también “principio”; después de la pulsión de muerte, la noción de realidad se carga de un sentido que la lleva al nivel de las fuerzas casi míticas que se dividen el dominio del mundo: esta transfiguración estará simbolizada por el término de Ananké, que recuerda a la vez el destino de la tragedia griega, la naturaleza en la filosofía del Renacimiento y en Spinoza, y el eterno retorno de Nietzsche. En suma, lo que era al comienzo sólo un principio de “regulación psíquica” se transformará en la clave de una sabiduría posible.

I.— PRINCIPIO DE REALIDAD Y “PROCESO SECUNDARIO”

Es indudable que las notaciones de Freud sobre la realidad tienen un punto de partida clínico; el pequeño ensayo de 1911, “Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico”,² lo recuerda desde las primeras líneas: como en Pierre Janet “la función de lo real” es lo que ha perdido el neurótico; o, para marcar inmediatamente la diferencia entre Freud y Janet, es de lo que se ha separado el neurótico, porque la realidad le es insoportable. Ningún sentido filosófico particular es atribuido inicialmente a este concepto de realidad; la realidad no está en cuestión, se la supone conocida; el hombre normal y el psiquiatra son su medida; es el medio físico y social de adaptación.

Sin embargo, desde este nivel elemental, importa sorprenderse del carácter poco homogéneo de la oposición placer-realidad. Para volverla homogénea, hay que admitir desde el comienzo que el principio de placer interfiere con la realidad a título de fuente de fantasmas; la psicosis alucinatoria aguda o amencia de Meynert dio el esquema inicial;³ Freud lo extendió a todas las neurosis: “en efecto —plantea Freud— todo neurótico hace otro tanto con cierto fragmento de la realidad”.⁴ Esta extensión a la neurosis de un esquema inicialmente destinado a la interpretación de la psicosis, se basa en tesis antigua, que hemos expuesto a su tiempo, según la cual la satisfacción del deseo, en la neurosis y en el sueño, obedece a un modelo alucinatorio. Es a partir de este núcleo inicial que se puede proponer legítimamente “examinar en cuanto a su desarrollo, la relación del neurótico y de la humanidad en general con la realidad, y así incorporar a la estructura de nuestras teorías la significación psicológica del mundo exterior real”.⁵

² “Formulierung über die zwei Principien des psychischen Geschehens” (1911), G. W. VIII, p. 230-228. “Formulations on the two principles of mental functioning”, S. E. XII p. 218-226; C.P IV, p.13-21. Cf. Jones o.c II, p. 332-5

³ Se encuentra la primera formulación de los dos principios en la carta 105 a Fliess: “La última generalización se sostiene y parece querer progresar infinitamente. No es solamente el sueño una realización de deseo, sino también para todos los hechos neuróticos, lo que ya había reconocido en la locura aguda. Realidad, realización de un deseo, tal es el par contrastante de donde emana nuestro psiquismo...” “La Naissance de la Psychanalyse”, p. 246. Cf. Jones o.c I, p. 396.

⁴ G. W. VIII, p. 230; S. E. XII, p. 219.

⁵ Ibid.

Esta asimilación del principio de placer a la función cuasi alucinatoria del deseo es la base del proceso que Freud, en la época del “Proyecto”⁶ y del capítulo VII de “La interpretación de los sueños”, denominó “proceso primario”; permite, en contrapartida, aproximar el principio de realidad con el proceso secundario. Es esta doble asimilación que sirve de hilo conductor en el ensayo de 1911, no sin que emerja una punta hacia temas que van mucho más lejos, y que sólo se comprenden en relación con la segunda tónica.

La relación entre proceso primario y proceso secundario no es una relación simple; revela, entre el principio de placer y el de realidad, dos clases de relaciones. Por un lado, el principio de realidad no es verdaderamente el opuesto del de placer, sino un rodeo o un alargamiento del camino de la satisfacción; el aparato psíquico, en efecto, no ha funcionado jamás según el esquema simple del proceso primario; en el límite, el principio de placer, considerado en estado puro, es una ficción didáctica; el principio de realidad, correlativamente, designa el juego normal de un aparato psíquico regido por los procesos secundarios. Pero, por otro lado, el principio de placer extiende su reinado bajo toda especie de disfraces; es el que anima toda la existencia fantasmática, considerada en sus formas normales y patológicas, desde el sueño hasta las ilusiones de la religión, pasando por los ideales; así considerado en sus formas disfrazadas, el principio de placer parece ser insuperable; desde este momento, el principio de realidad designa un régimen de existencia difícil de alcanzar.

Que el principio de placer, tomado absolutamente, sea una ficción siempre superada, de ello hemos dado sus múltiples razones en nuestro estudio del “Proyecto”: ante todo las pulsiones internas rompen siempre el equilibrio y vuelven imposible la descarga integral de las tensiones; el aparato se aparta así del régimen energético más simple, representado por el principio de constancia. Luego, la prueba de satisfacción misma pone en juego, inevitablemente, a la ayuda de otro, a la relación objetal y, por consiguiente, a todo el circuito de la realidad. Se recuerda este texto sorprendente del “Proyecto”: “El organismo humano en sus estadios precoces es incapaz de provocar esta acción específica que sólo puede efectuarse con una ayuda exterior, y en el

⁶ Se refiere al “Proyecto de una psicología científica”, publicada en español por L. Rosenthal, en B. Aires. 1956 (obr. cpl., T. XXI). (Nota del traductor.)

momento en que rápidamente se dirige la atención de una persona sobre el estado del niño... La vía de descarga adquiere así una función secundaria de una extrema importancia: la de la comprensión mutua. La impotencia original del ser humano se convierte así en la fuente primera de todos —los motivos morales”.⁷ En fin, el displacer es, según otra fórmula del “Proyecto”, “la única medida educativa”:⁸ es el que da al propio principio de realidad un sentido hedonista, y lo coloca en la prolongación del principio de placer. A decir verdad, la satisfacción alucinatoria es un “impasse” biológico; conduce infaliblemente al fracaso; he aquí porqué la institución del principio de realidad es una exigencia del principio de placer.

Si el principio de realidad coincide pues con el proceso secundario, todo el psiquismo humano lo obedece, en tanto que -escapa a la alucinación.

La tercera parte del “Proyecto” da un esquema del proceso secundario así entendido; a través de él, el principio de realidad es mantenido dentro de los límites de lo que podría llamarse un hedonismo calculado o razonable; ahora bien, este esquema del proceso secundario no será ya más profundamente modificado. Son conocidos sus principales temas: prueba cualitativa de la realidad (para la que el “Proyecto” afectaba un grupo especial de “neuronas”), discriminación entre la alucinación y la percepción, exploración atenta de los nuevos estímulos; identificación de los nuevos con los antiguos por intermedio del juicio (según un esquema vecino al juicio de percepción en Kant); pasaje de la realidad observada a la realidad pensada, sobre las bases de las huellas mnémicas de la palabra oída; dominio motor, muscular, sobre la realidad; aprendizaje del plazo de descarga en vista de la ideación, etc. El capítulo VII de “La interpretación de los sueños” no agrega nada a este análisis esquemático del proceso secundario; hemos podido incluso decir que, por razones de estructura referentes a la intención de esta última obra, el “Proyecto” va más lejos que “La interpretación de los sueños”.

Estos son los temas principales del “Proyecto” que el artículo de 1911 retorna, en el primero de sus ocho párrafos consagrados al principio de

⁷ “La Naissance de la Psychanalyse”, p.336.

⁸ Ibid, p. 381.

realidad.⁹ La atención está allí igualmente concebida como adaptación anticipada; la memoria, como integración de las notaciones del pasado; el juicio, como comparación e identificación entre cualidades nuevas y huellas mnémicas; el dominio motor, como ligazón tónica de la energía; en fin, la inhibición motriz o pensamiento conserva el mismo rol; se puede incluso decir que el texto del “Proyecto” sigue siendo, desde todo punto de vista, el más explícito.

El análisis del principio de realidad se volvería trunco si nos quedáramos en esta concepción del proceso secundario, cuyo opuesto es una construcción teórica. Pero “La interpretación de los sueños” mostraba ya en sentido inverso, porque el principio de placer es insuperable. El aparato psíquico, se recuerda, estaba representado a la manera de un aparato físico, que podía funcionar en un sentido progresivo o regresivo; este esquema, desconcertante en muchos aspectos, sugiere por lo menos la idea de un psiquismo que trabaja a contramano, porque se resiste a la substitución del principio de placer por el de realidad. El principio de placer ya no designa solamente a un estado ficticio anterior, sino el movimiento inverso del aparato, lo que el capítulo VII llamaba regresión tónica o tendencia del aparato psíquico a restaurar la forma primitiva de satisfacción alucinatoria del deseo; es así que Freud podía definir al “Wunsch”, que nosotros traducimos aproximadamente por deseo, como aquella tendencia a restaurar la forma alucinatoria de satisfacción: “Desde que se manifiesta de nuevo la necesidad, se desencadenará, gracias a la relación establecida entre la excitación y la imagen mnémica de la satisfacción, un movimiento psíquico que reinvestirá la imagen mnémica de esta percepción y provocará otra vez la percepción misma, es decir, reconstituirá la situación de la primera satisfacción; a este movimiento lo llamamos deseo (Wunsch); la reaparición de la percepción es el cumplimiento del deseo (Wunscherfüllung), y la completa investidura de la percepción por la excitación de la necesidad es el camino más corto hacia el cumplimiento del deseo. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico, en el cual este trayecto es recorrido efectivamente, y en el cual el deseo se desarrolla según un modo alucinatorio. Esta primera actividad psíquica tiende pues a una identidad de percepción, es decir, a la repetición de la percepción que se demuestra ligada a la calma de la

⁹ G W. VIII, p. 230-1; S. E. XII, p. 219-21.

necesidad”.¹⁰ Este camino de satisfacción, el más corto, está sin duda cerrado, pero es el que seguimos de una manera figurada, sustitutiva, en todos los registros de lo fantásmico; síntomas neuróticos, sueños nocturnos y diurnos son los testimonios de esta supremacía del principio de placer y la prueba de su poderío.¹¹

Desde este segundo punto de vista, en el que el principio de placer representa una función efectiva, el principio de realidad expresa más la dirección de una tarea que la descripción de un funcionamiento ordinario. La prosecución del análisis no dejará de acentuar la dificultad de esta tarea, el principio de placer es el menos costoso; el principio de realidad implica la renuncia al cortocircuito del deseo y la alucinación.

Es esta relación dramática la que el segundo párrafo del artículo de 1911 resume en algunas palabras: “Existe una tendencia general de nuestro aparato psíquico que podemos reducir al principio económico del ahorro de gasto; parece expresarse en la tenacidad con la que quedamos fijados a las fuentes de placer de que disponemos y en la dificultad con que renunciamos a ellas. Con la introducción del principio de realidad, una modalidad de actividad pensante se ha escindido (wurde eme Art Dankbarkeit abgespalten); liberada de la prueba de la realidad, ha quedado subordinada exclusivamente al principio de placer. Esta actividad consiste en la producción de fantasmas (Phantasieren) que comienza ya con el juego infantil y que, proseguida más tarde, **se continúa bajo la forma de sueño despierto**, y abandona toda sumisión a los objetos reales”.¹² Hay que resituar tras de estas breves anotaciones todo lo que el capítulo VII de “La interpretación de los sueños” dice de la indestructibilidad de los más viejos deseos, de la impotencia del hombre para pasar de un régimen fantásmico a un régimen de realidad; en suma, todo lo que hace del psiquismo humano una Cosa, y que justifica el recurso a una tópica. Sí, la vía de la realidad es la más difícil. Muchas alusiones, en el “Proyecto” y en el presente ensayo, permiten afirmar que sólo el pensamiento entregado al trabajo científico accede a ella. Tal es, desde el proyecto de 1895 hasta el artículo de 1911, la concepción del doble funcionamiento del aparato

¹⁰ G. W. II-III, p.571; S. E. V, p.565-6; tr. fr., 463-4.

¹¹ G. W. VIII, p. 234; S. E. XII, p. 222.

¹² G. W. VIII, p. 234; S. E. XII, p. 222.

psíquico. Freud no la modificará profundamente, no le hará más que agregados. Los “Ensayos de metapsicología” se limitan a hacerle una transcripción tópica y económica, que la armoniza con la primera representación del aparato psíquico a la que hemos llamado primera tópica.

Es así que la oposición entre principio de placer y principio de realidad es integrada, en el “Ensayo sobre lo inconsciente”, a las grandes oposiciones entre “sistemas” (Ics., Pcs., Cs.); esta transcripción merece detenernos, ya que permite por primera vez poner en relación el principio de realidad con el sistema llamado Cs. y definir la realidad como correlato de la conciencia.

Es en el párrafo consagrado a las particularidades del sistema les que se encuentra esta transcripción “sistémica”;¹³ el principio de placer-displacer es colocado del mismo lado que la ausencia de contradicción (de negación, de duda, de grados en la certeza), que la movilidad de las investiduras,¹⁴ y que la ausencia de relación con el tiempo; a la inversa, el principio de realidad es ubicado del mismo lado que la negación y la contradicción, que la ligazón tónica de las energías, que la relación temporal.

Es sin duda en el “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”,¹⁵ de 1916, donde esta correlación -entre el sistema Cs. y el principio de realidad recibe la formulación más exacta de toda la obra teórica de Freud.

Corrigiendo al capítulo VII de “La interpretación de los sueños”, Freud acuerda que la regresión tópica —es decir, la disolución del pensamiento de deseo en las imágenes mnemónicas emergidas de la experiencia anterior de satisfacción, y la reviviscencia de estas imágenes— no basta para dar cuenta del sentimiento de realidad que se une a la alucinación; se requiere, además, la abolición de la función discriminativa del juicio de percepción; se requiere, pues, vincular esta función discriminativa con una institución psíquica particular, con una “organización (Einrichtung) que nos permita distinguir una tal per-

¹³ “En resumen: **ausencia de contradicción, proceso primario** (movilidad de las investiduras), intemporalidad y sustitución de la realidad exterior por la realidad psíquica, tales son los caracteres que podemos encontrar en los procesos dependientes del sistema Ics”. G. W. X, p. 286; S. E. XI V, p. 187; tr. fr., en “Métopsychole”, p. 131.

¹⁴ Dudé si poner si poner investidura o investimento. Este término es más “económico”, aquél, más “dramático”. Probablemente sea más fiel: “investimento”. (Nota del traductor.)

¹⁵ “Metapsychologische Ergänzung zur Traumlehre”, G. W. X. p. 412-26., “A Metapsychological Supplement to the Theory of Dreams”, S. E. XIV. p. 222-35; C. P. IV, p. 137-51; tr. fr “Complément métapsychologiques à la doctrine des rêves”, en “Métopsychole”, p. 162-88.

cepción de deseo de una satisfacción real (von einer realen Erfüllung) y evitarla en lo sucesivo”.¹⁶ Lo que es así ¹⁷ abolido, Freud lo denomina “la prueba de la realidad” (Realitätsprüfung, Testing of reality).¹⁸

Ahora bien, la investigación de esta función nos lleva a decir que es el mismo “sistema” el que regula el “devenir-consciente” y “la prueba de la realidad”; la doble constitución de un interior y de un exterior depende de una única función, manifiestamente ligada a la acción muscular, la única capaz de hacer aparecer o desaparecer el objeto. Es por esto que se puede hablar de un único sistema Cs.-Pcs., dotado de un investimento propio, de una carga capaz de resistir a la invasión libidinal. La prueba de la realidad es así solidaria del sistema Cs. y de su investimento propio. Y Freud dice: “Consideramos la prueba de la realidad como una de las grandes **instituciones** (Institutionen) **del Yo**, junto con las **censuras** que hemos aprendido a reconocer entre los sistemas psíquicos...”.¹⁹ Estas censuras, que acompañan a la prueba de la realidad, son las que protegen a los sistemas Pcs. y Cs. contra los investimentos libidinales; son las que ceden en las psicosis de deseo, sea por “separación” (Abwendung) y “retirada” (Entziehung) de lo real, sea por “renuncia voluntaria”, como en la entrada al sueño. La huida narcisística en el sueño equivale así a una pérdida del investimento propio del sistema Cs.²⁰

Toda regresión tópica, característica de la pérdida de la función de lo real, supone pues una alteración del propio sistema Cs. Pero Freud confiesa, sin dificultad, que la teoría tópica-económica del sistema Cs.-Pcs. queda por hacerse. Aquí todavía, la doctrina fija más el encuadre de una investigación que lo que da en resultados. Todo lo que hemos dicho más arriba de la conciencia como “superficie” del aparato psíquico (en la línea del capítulo II “el Yo y el Ello”) se replantea con esta investigación del sistema Cs.-Pcs., que es la contrapartida, lo sabemos ahora, de todo estudio del principio de realidad; cuando Freud dice que el sistema Pcs. es el núcleo del Yo”,²¹ enuncia, de

¹⁶ G. W. IV. X, p. 422; S. E. XIV, p. 231; tr. fr., p. 181.

¹⁷ En la regresión. (Nota del traductor.)

¹⁸ Ibid.²

¹⁹ G. W. X, p. 424; S. E. XIV, p. 233; tr. fr., p. 184.

²⁰ G. W. X, p. 425; S. E. XIV, p. 234; tr. fr., p. 185-86.

²¹ En el mismo sentido, “Duelo y melancolía”: “Con la censura y la prueba de realidad, situaremos (la conciencia) entre las grandes instituciones del Yo”. G. W. X, p. 433; S. E. XIV p. 247; tr. fr., p.199.

hecho, el principio de realidad. Así podemos ahora levantar la gran función de “la exterioridad”, frente a las demandas del mundo interior, tanto ético como pulsional; más tarde, cuando hayamos introducido al Superyo en la confrontación con la realidad, podremos decir con “el Yo y el Ello”:

“Mientras que el Yo es esencialmente el representante (Repräsentant) del mundo exterior, de la realidad, el Superyo se yergue en contraste con él, como el mandatario (Anwalt) del mundo interior, del Ello. Los conflictos entre el Yo y el Ideal reflejarán, en última instancia, como estamos desde ahora preparados para reconocerlo, el contraste entre lo que es real y lo que es psíquico, entre el mundo exterior y el mundo interior”.²²

II.— PRINCIPIO DE REALIDAD Y “ELECCION DE OBJETO”

El principio de placer es la vía corta y fácil; todo lo que es regresivo lleva a él. El principio de realidad es la vía larga y difícil; no va sin renuncia y sin duelo de los objetos arcaicos.

Este esquema simple se ha enriquecido, sin ser fundamentalmente alterado, con todos los análisis de lo que hemos muchas veces denominado historia del deseo. Esta “cronología” esquemática del deseo va a hacer surgir relaciones nuevas entre el principio de placer y el de realidad.

Al limitar, en su primera teoría de la libido, la investigación de las pulsiones al dominio de las pulsiones sexuales, provisoriamente opuestas a las del Yo, Freud ha delimitado el campo de elección para la historia del conflicto entre los dos principios de funcionamiento; en efecto, el reemplazo del principio de placer por el de realidad no se hace de una sola vez, ni simultáneamente en todo el frente de las pulsiones: el dominio de la libido es por excelencia aquel en el que el cambio de régimen es difícil de adquirir. Si la libido persiste mucho

²² G. W. XIII, p. 264; S. E. XIX, p. 36; tr. fr., p. 191.

más tiempo que cualquier otra pulsión bajo el régimen del principio de placer, es porque el autoerotismo primitivo le permite escapar durante largo tiempo a la prueba de la frustración y, por consiguiente, a la educación por el displacer, y porque el periodo de latencia aplaza hasta la pubertad este enfrentamiento con lo real. La sexualidad es así el asiento del arcaísmo, mientras que las pulsiones del Yo se las tienen que ver inmediatamente con las resistencias de lo real.²³ Es principalmente en la región de lo fantástico donde el principio de placer prolonga su reinado; es aquí donde la estructura del Wunsch se mantiene por más tiempo, quizá incluso indefinidamente. Hemos subrayado a menudo esta especificidad de la semántica del deseo sexual; a diferencia del hambre o mismo de la defensa del Yo, la sexualidad da para imaginar y para hablar, pero según un modo derreal; la semántica del deseo es aquí una semántica del delirio. Por esta razón, el principio de realidad aparece como el fruto de una batalla que se continúa, no sólo en las subestructuras del deseo, sino también en las arborescencias de lo fantástico, en el plano de lo que los “Ensayos de metapsicología” llaman los “brotes” de la pulsión, en todos los registros de la representación, de la afectividad, de las expresiones verbales del deseo.

Esta historia del deseo, sede de la batalla entre fantasmas y realidad, Freud trató de jalonarla con su teoría de los “estadios” de la libido; al aproximarla así por una parte, con lo que él designa en el Ensayo de 1911 la “descomposición del principio de placer por medio del de realidad”,²⁴ y por la otra, con la teoría de los estadios, establece una conexión interesante entre el principio de realidad y la “elección de objeto”, tema central de la historia de la libido.

Esta conexión es más precisa y más iluminadora que la que hemos establecido más arriba entre el principio de realidad y proceso secundario.

El punto de partida se encuentra en la anotación capital de los “Tres ensayos sobre la sexualidad”, de que la pulsión tiene un “fin” determinado, pero “objetos” variados. Es esta errancia original del deseo lo que vuelve duradero al reinado del principio de placer. Puesto que el vínculo con el objeto no ha sido dado, debe ser adquirido; este es el problema que la doctrina analítica designa con el término de “Objekt-wahl”, “elección de objeto”; constituye el tema central

²³ “Formulations concernant les deux principes..” G. W. VIII. p. 234; S. E. XII. p. 222.

²⁴ Die Ablözung des Lustprinzips durch das Realitätsprinzip. (Ibid.)

de la teoría de los estados libidinales.

Reubicado en esta perspectiva precisa, el principio de realidad coincide con la instalación del estadio genital y' más precisamente aún, con la subordinación del amor objetal a la procreación. Sobre este punto, Freud no ha variado nunca; hace corresponder al principio de realidad con una organización intrapsíquica determinada: "la organización y la supeditación de las tendencias parciales a la función de procreación". A esta afirmación reiterada de los "Tres ensayos"²⁵ corresponde otra similar del artículo de 1911: "Mientras que el Yo prosigue su transformación de un **Yo de placer** en un **Yo de realidad**, las pulsiones sexuales atraviesan los cambios que las conducen a través de las variadas fases intermedias del autoerotismo primitivo hasta el amor objetal al servicio de la procreación...".²⁶

Así, la realidad reside en la relación con el otro, no sólo con otro cuerpo como fuente exterior de placer, sino también con otro deseo, y finalmente con el destino de la especie. En el registro de la libido sexual, son la reciprocidad de una relación con un partenaire complementario y similar, y la sumisión del individuo a la especie, las que dan el criterio de la supremacía del principio de realidad. El aporte fundamental del psicoanálisis a este respecto, es haber demostrado que esta conquista de la organización más compleja, es difícil y precaria, no por accidente del condicionamiento social, sino por una necesidad estructural; es lo que opone a Freud con todos los culturalistas preocupados de reducir las dificultades de vivir a las circunstancias del ambiente social actual; para Freud, las posiciones sucesivas de la sexualidad son tenaces y difíciles de "abandonar"; de modo que el camino de la realidad está jalonado de objetos perdidos;²⁷ el primero, el seno materno; el propio auto-erotismo está parcialmente ligado a este objeto perdido. He aquí porque la "elección de objeto" tiene a la vez un carácter prospectivo y nostálgico: "El hecho de encontrar un objeto sexual no es en suma más que una manera de reencontrarlo".²⁸ Para la libido, el futuro está hacia atrás, en la "felicidad perdida".²⁹

²⁵ G. W. V, p. 99, 109, 139; S. E. VII, p. 1999 (1915), 207 (1905), 207 (1905); tr. fr., p. 111, 128, 175.

²⁶ G. W. VIII, p. 237; S. E. XIII, p. 224.

²⁷ G. W. V, p. 123 y sig. (die Objektfindung); S. E. VII, p. 222 y sig.; tr. fr., p. 151 y sig.

²⁸ Ibid.

²⁹ Ibid.

Le sucedió muy a menudo a Freud decir que la elección de objeto carece, si me atrevo a afirmarlo, de elección; por una especie de fatalidad interior, se hará sobre el modelo del cuerpo propio o sobre el del ser que en otra época prodigó sus cuidados: será narcisística o anaclítica.³⁰

Esta interpretación dramática de la historia del deseo alcanza su punto crítico con el complejo de Edipo; éste concierne a nuestra investigación presente en razón de la proliferación fantásmica que suscita; la crisis edípica, en efecto, no está localizada en el tiempo; se prolonga en fantasmas incestuosos cuyos testimonios son el sueño y la neurosis. Se sabe con qué insistencia Freud afirma el núcleo incestuoso de la neurosis: es acá donde, dice, el psicoanálisis se sostiene o fracasa; pero el drama edípico es esencialmente fantásmico; es un drama representado y soñado; nada más serio, ya que procede de una demanda imposible del deseo; el deseo quiso de entrada lo imposible (lo que la doctrina expresa bajo formas que han asombrado y escandalizado: el varón quiere tener un hijo de la madre, y la niña del padre); porque ha querido lo imposible, el deseo fue necesariamente decepcionado y herido; desde entonces, el camino de la realidad está jalonado no sólo de objetos perdidos, sino también de objetos prohibidos y rehusados. Se ha hablado bastante de la importancia de estos abandonos, de estas renunciaciones, para la constitución del Superyo, hay que señalar ahora su incidencia sobre el principio de realidad.

En el artículo de 1911, Freud opone el Yo de realidad al Yo de placer (Lustich);³¹ si el deseo (Wunsch) es el motivo central del Yo de realidad: “De la misma manera que el Yo de placer no puede hacer otra cosa que desear (wünschen)... el Yo de realidad no puede tender sino hacia lo que es útil, y protegerse de los perjuicios”.³² Freud se queda aquí en un terreno bien conocido. Sobre la significación de lo útil se desarrollan los primeros diálogos socráticos. La crítica kantiana no debe ocultar la significación positiva de esta reflexión sobre lo útil; Freud, precisamente, restituye a lo útil su índice de realidad, al oponerlo a lo engañoso del Wunsch. Esta oposición retorna, a un nivel de complejidad más elaborado, a la que hemos encontrado antes entre

³⁰ Ibid. Nota agregada en 1915 (nota 67 de la tr fr., p. 217. Freud armoniza así su texto con los descubrimientos del ensayo sobre “el narcisismo”, segunda parte, donde han sido distinguidos los dos “métodos” —anaclítico y narcisístico— para “encontrar no objeto”.

³¹ G. W. VIII, p. 235; S. E. XII, p. 223.

³² Ibid.

proceso primario y secundario: por un lado, lo útil es la verdad de lo agradable; es lo agradable verdadero en sustitución de lo agradable soñado; el principio de realidad es, en este sentido, la salvaguarda del principio de placer: “En efecto, la sustitución del principio de placer por el de realidad no marca ningún destronamiento (Absetzung) de aquél, sino sólo su salvaguarda (Sicherung)”.³³ Por otro lado el Yo de placer tiene tantas vueltas, tantas ramificaciones inconscientes, que el respeto de lo útil, por modesta que sea su ambición a los ojos de la ética, tiene ya el papel de una disciplina.

El valor correctivo de lo útil se hace manifiesto cuando se considera que el deseo es promotor de ilusiones y fuente infinita de fantasmas: el deseo mistifica; el principio de realidad es el deseo demistificado; el abandono de los objetos arcaicos se expresa ahora en el ejercicio de la sospecha, en el movimiento de la desilusión, en la muerte de los ídolos.

Aquí la historia “etnográfica” del deseo se corresponde con y enriquece a la historia “psicológica” del deseo; se corresponde en la medida en que se puede hacer coincidir una historia ejemplar de la creencia con una historia de los estadios de la libido; se recuerda en qué términos Freud lo intentó en “Totem y Tabú”: ³⁴ al estadio autoerótico correspondería la omnipotencia del pensamiento, característica del preanimismo y de las técnicas de la magia; a la elección del objeto, el abandono de la omnipotencia del pensamiento en beneficio de los demonios, de los espíritus y de los dioses; al estadio genital de la libido, el reconocimiento de la omnipotencia de la naturaleza. Pero esta historia “etnográfica” del deseo, por fantasiosa que sea, no se corresponde sólo con la de los “estadios” de la organización de la libido, sino que le agrega un tema esencial, el de la omnipotencia. Es el núcleo “religioso” del principio del placer; hay un “mal infinito” en el deseo; el principio de realidad —incluso bajo el enunciado aparentemente filisteo del principio de lo útil— expresa fundamentalmente la pérdida del “mal infinito”, la reconversión del deseo a lo finito.

Por esta razón, “Totem y Tabú” podía decir que el abandono de la omnipotencia del deseo en provecho de la de los dioses, expresa ya la primera victoria del principio de realidad. Desde este punto de vista, el mito da una expresión fantástica a esta sustitución, o, como dice el artículo de 1911 en el

³³ Ibid.

³⁴ Cf. Más arriba en la p. 232 y sig.

parágrafo IV, “una proyección mítica de esta revolución psíquica”.³⁵

Se podría decir, en términos paradójales que, para Freud, la religión marca la victoria del principio de realidad sobre el de placer, pero de un modo mítico; por ello es a la vez la imagen suprema del cumplimiento del deseo.

Para Freud el analista y el “cientista” —no vuelvo sobre la dificultad de discernir lo que es “prejuicio” personal de Freud, de lo que es adquirido del psicoanálisis, en esta crítica de la religión—, sólo la ciencia satisface enteramente el principio de realidad y asegura el triunfo de lo útil sobre lo agradable del Yo de realidad sobre el Yo de placer. Sólo la ciencia triunfa sobre las figuras sustitutivas, cada vez más retorcidas y sublimadas, bajo las cuales el Yo de placer prosigue su sueño de omnipotencia y de inmortalidad.

El principio de realidad triunfa, pues, cuando el adulto es capaz de renunciar no sólo a los objetos arcaicos perdidos, de tipo narcisístico o anaclítico, no sólo a los objetos prohibidos, de tipo incestuoso, sino también a los objetos míticos, mediante los cuales el deseo persigue la satisfacción según el modo sustitutivo de la compensación o del consuelo. Se podría decir que el principio de realidad simboliza el acceso a la utilidad verdadera, por el largo rodeo del “duelo” de los objetos perdidos, prohibidos y consolantes.

Que el “cientismo” de Freud haya reducido su visión de la realidad al hecho comprobable, que la crítica de los ídolos le haya ocultado otras dimensiones de la realidad, yo no lo discuto aquí; esta estrechez del freudismo me importa menos, en este estadio de la reflexión, que el rol que le asigna al duelo del objeto arcaico y de sus rebrotes; es, en efecto, esta pérdida, esta renuncia, y toda la poda de lo fantástico que entraña, lo que hace virar el tema de la realidad hacia el de la necesidad.

Otros aspectos de la teoría, y todo su desarrollo ulterior, estrecharían esta alianza entre realidad y necesidad.

III.— EL PRINCIPIO DE REALIDAD Y LA TAREA ECONOMICA DEL YO

La conexión que hemos establecido entre la instancia del Yo y el principio

³⁵ G. W. VIII, p. 236; S. E. XII, p.223.

de realidad, nos abre un último campo de exploración: si la realidad es la contrapartida del Yo, en el sentido tópico de la palabra, todo lo que concierne a la tarea económica del Yo” concierne también al principio de realidad.

¿Arriesgamos entonces esfumar el concepto de realidad extendiéndolo imprudentemente? No, si conservamos como hilo conductor a la discriminación entre “lo interior” y “lo exterior” a toda complejidad nueva del “mundo interior” corresponde entonces, correlativamente, una tarea nueva para el Yo, en tanto que representante del mundo exterior.

Ahora bien, Freud ha enriquecido de dos maneras diferentes a este mundo de la interioridad; una, la reestructuración de la teoría de las pulsiones, es decir, la introducción del narcisismo; otra, el pasaje de la primera a la segunda tópica (Yo, Ello, Superyo). Por estos dos lados, Freud avanzó más en las profundidades abismales de la interioridad; al mismo tiempo dramatizó aún más la relación con la realidad.

El narcisismo concierne de manera directa a la relación con la realidad, en tanto que la atención a sí es desatención al otro. En el lenguaje de la metapsicología, esta indisponibilidad para el otro se expresa así: el narcisismo es el “reservorio” de la libido. Según esta economía del narcisismo, todo investimento objetal es una especie de colocación afectiva provisoria:

nuestros amores y nuestros odios son las figuras revocables del amor extraído del fondo indiferenciado del narcisismo; como las ondas del mar, estas figuras pueden borrarse sin que el fondo se altere; como se recuerda, es gracias a este incesante retorno al fondo libidinal “egoísta” que la sublimación misma es posible; gracias a él, podemos abandonar los fines y transformar a las elecciones de objeto dejadas en “modificaciones del Yo”; gracias a él, por consiguiente, nuestras identificaciones sucesivas forman un “precipitado” que se puede asimilar a un narcisismo secundario en razón de las relaciones económicas entre identificación, sublimación, desexualización y narcisismo.

Así se ahonda una interioridad cada vez más rica y más articulada: la contrapartida de este refuerzo indirecto del narcisismo es, seguramente, una ineptitud para desprendernos de nosotros mismos en la consideración del mundo. Accedemos aquí a un análisis cautivante de Freud que tomamos del pequeño ensayo: “Una dificultad del psicoanálisis”;³⁶ ya el narcisismo era un obstáculo para los descubrimientos de Copérnico, porque nos despojaban de la ilusión de ocupar el centro del mundo; también se opuso a las teorías evolucionistas de Darwin, quien nos resurmerge en el inmenso flujo de la vida; es el narcisismo, en fin, el que resiste al psicoanálisis, porque éste sacude el primado y la soberanía de la conciencia. Un nuevo aspecto del conflicto entre principio de placer y principio de realidad se descubre:³⁷ el narcisismo se

³⁶ “Eine Schwierigkeit der Psychoanalyse” (1917). (G. W. XII, p. 3-12; S. E. XVII, p. 137-44; tr fr. en “Essais de Psychanalyse appliquée”, p. 173-81.

³⁷ En el lenguaje que será el nuestro en la “Dialectique” (cap. II): es el **falso cogito** el que se interpone entre la realidad y nosotros; obtura nuestra relación con el mundo, impide dejar ser la realidad tal como es: Si hay como yo creo, un cogito fundamental, es preciso primero abandonar la posición de este cogito-pantalla, de esta cogito-resistencia, a fin de acceder aquel que sólo funda en tanto que deja ser.

interpone entre la realidad y nosotros; la verdad es siempre una humillación para nuestro narcisismo.

Estas notas sobre el poder del narcisismo de resistir a la verdad, son singularmente reforzadas por todo lo que sabemos de este mundo interior al que hemos denominado Superyo (tanto más cuanto el concepto de narcisismo secundario aproxima el Superyo al mundo interior primordial o narcisismo primario).

Freud ha tratado explícitamente las relaciones del Superyo con la realidad; sin embargo, nos induce a explorar esta vía cuando atestigua, en “El Yo y el Ello”, que “el Superyo está siempre próximo al Ello y puede operar como su representante frente al Yo: se sumerge más profundamente en el Ello y, por esta razón, está más alejado de la conciencia que lo que está ‘el Yo’”;³⁸ las últimas páginas de este ensayo, consagradas a las “relaciones de dependencia del Yo”, son una primera contribución a esta investigación y anuncian lo que una escuela postfreudiana llamará “el análisis del Yo” (Ego-Analysis). Los análisis sucintos de Freud comienzan por un recuerdo de las funciones desde entonces clásicas: orden temporal, prueba de la realidad, inhibición y regulación motrices; pero estas funciones son consideradas de ahí en adelante desde el punto de vista de la **fuerza** y de la **debilidad del Yo**. Es tentador considerar ahora a la realidad como el correlato, no sólo del Yo, sino de la fuerza del Yo; la realidad es lo que está enfrentado a un Yo fuerte. Hacemos así justicia a lo que nos ha parecido constituir a problemática específica del Yo, a saber, la problemática de la dominación y de la esclavitud, como en la “Ética” de Spinoza.

Ahora bien, la fuerza del Yo, en oposición de la ilusoria omnipotencia” de que habla “Totem y Tabú”, consiste esencialmente en su posición conciliatoria o diplomática. Esta tarea de mediación entre el Ello y el Superyo, entre el Ello y la realidad, y entre la libido y la pulsión de muerte, “lo expone a volverse sicofante, oportunista y mentiroso, como un político que ve la verdad, pero aspira a conservar su plaza en la estima pública”.³⁹ Mas esta tentación es propia de un ser de frontera, más mediador que árbitro, que debe hacerse amar por el Ello para plegarlo al orden del mundo, cortejar los amores de su amo,

³⁸ “El Yo y el Ello”. G. W. XIII, . 278; S. E. XIX, p. 48-9; tr. Fr. P.206

³⁹ Ibid. G. W. XIII, p. 286-7; S. E XIX, p. 57; tr. fr., p. 215.

como un valet de comedia, para atemperarlos. Si no, recaería bajo los golpes del Superyo y sería de nuevo la presa de las pulsiones de muerte, so pretexto de dominar la libido.

Está propuesto un nuevo sentido del principio de realidad, más conjeturado que expresamente formulado: yo lo llamaría el principio de “prudencia”, en un sentido completamente aristotélico; se opone al falso idealismo del Superyo, a sus exigencias destructivas y, en general, a todas las hinchazones de lo sublime y a la mala fe de la buena conciencia.

Este principio de “prudencia”, en el que yo vería con gusto la avanzada del principio de realidad, es (bien considerado todo) la ética misma del psicoanálisis. En el propio texto que acabamos de comentar, Freud relaciona expresamente la tarea económica del Yo con la del analista: “En verdad el Yo se comporta como el médico en el curso del tratamiento analítico: se ofrece él mismo, **con la atención que presta al mundo** real (somos nosotros los que subrayamos), como un objeto libidinal para el Ello y trata de atraer sobre sí la libido del Ello”.⁴⁰ En el mismo sentido, al final de “Malestar...”, después de haber negado que las demandas excesivas del Superyo puedan efectivamente cambiar al Yo, Freud agrega: “También estamos muy a menudo obligados, con una finalidad terapéutica, a combatir al Superyo, y nos esforzamos en bajar sus pretensiones”.⁴¹

Esta aproximación entre la tarea económica del Yo y la tarea del psicoanálisis es instructiva. Se puede decir que el psicoanalista representa, para el paciente, al principio de realidad en carne y en acto. Ahora bien, lo representa en la medida en que no juzga y no prescribe éticamente: esta abstención con respecto a toda predicción moral, este desasimiento analítico, hará creer de entrada en una ausencia de ética; reencuentra una significación profunda cuando se lo reubica en el campo de la oposición entre principio de placer y principio de realidad; el Superyo ataca al hombre como ser de placer, pero presume demasiado del hombre, y no oculta sus excesos sino bajo la satisfacción narcisista que ofrece al Yo creerse mejor que otro; la mirada del análisis es, por el contrario, la mirada educada en la realidad y vuelta hacia el mundo interior. La epojé del juicio de valor se convierte así en la etapa fun-

⁴⁰ “El Yo y el Ello”. G. W. XIII, p. 278; S. E. XIX, p. 48-9; tr. fr., p. 206.

⁴¹ G. W. XIV, p. 503; S. E. XXII, p. 143; tr. fr., p.77.

damental del **conocimiento** de sí; gracias al principio de realidad se convierte en la regla del devenir-consciente.

¿Toda ética es abandonada? El analista, más que cualquiera, sabe que el hombre está siempre en situación ética; lo presupone a cada paso; lo que dice del Edipo, atestigua con fuerza el destino moral del hombre; pero en presencia de los entuertos de la conciencia moral y de su extraña complicidad con la pulsión de muerte, el principio de realidad propone la sustitución de la condena por la mirada neutra. Así se abre un claro de veracidad, en el que se encuentra al descubierto la mentira de los ideales y de los ídolos, y desenmascarado su papel oculto en la estrategia del deseo. Esta veracidad, sin duda, no es toda la ética. Por lo menos es su umbral. Seguramente el psicoanálisis proporciona sólo el conocimiento, no la veneración.⁴² ¿Pero por qué pedírsela? No la ofrece.

Traducción de **J.**

Carlos Plá.

⁴² Jean Nabert: "Elements pour une éthique". cap. XI, "Las fuentes de la veneración".

Reseña de libros y revistas

APFELBAUM, Bernard.— Sobre la Psicología del Yo: crítica al punto de vista estructural de la teoría psicoanalítica (On Ego Psychology: a critique of the structural approach to Psycho-analytic theory). "Int. J. Psycho-Anal.", vol. 47, N° 4, 451-475, 1966.

El autor, en este estudio crítico del punto de vista estructural de la psicología del Yo contemporánea, comienza analizando las razones que han sido invocadas para justificar una división estructural de la vida psíquica. Si el impulso instintivo es una fuerza motora violenta, espasmódica y ciega, entonces deben existir estructuras contra las cuales esta fuerza opera. Según Gill, no se concibe que pueda existir tal fuerza sin una estructura que la confine. Rapaport, a su vez, sugiere que Horney y otros, en el deseo de alejarse de esa batalla del mundo interno, concebido como una lucha entre impulsos chocando entre sí, sin mitigarse y en perpetua revolución, enfocaron exclusivamente las fuerzas adaptativas y sociales del Yo, dejando de lado la psicología de los impulsos del psicoanálisis. Esa tesis y antítesis, dice Rapaport, encuentra su síntesis en la psicología psicoanalítica del Yo, que reconoce las fuerzas del Ello así como la nueva organización del Yo que lucha contra las mismas. Esta síntesis se basa en los conceptos de Hartmann de la autonomía del Yo y en sus elaboraciones del punto de vista estructural (en el cual la idea de impulso instintivo como fuerza pura permanece inmodificada). El modelo estructural de Hartmann está formado por estructuras psíquicas que mantienen su integridad a pesar de las crisis, conflictos e impulsos. A medida que estas formaciones crecen, se hacen cada vez más independientes del impulso, constituyendo baluartes contra los mismos y son garantía de la adaptación y del funcionamiento social.

Gill dice, en 1959, que la introducción del punto de vista estructural hace posible una visión del funcionamiento de la personalidad que incluye esquemas de conducta y pensamiento firmes, estables y organizados. En contraste con el Ello, que se refiere a los aspectos perentorios de la conducta, el Yo comprende los aspectos de la conducta diferidos, llevados a cabo con demora o que son

ellos mismos producto de la demora. El punto de vista estructural en este marco no se refiere ya primariamente a las explicaciones psicoanalíticas basadas en las relaciones del Ello, Yo y Superyo. Se refiere a lo que Rapaport llama el control de la estructura sobre el impulso (1953). La domesticación de los instintos lleva a motivaciones adultas, gracias a la repetición del proceso de defensa a cargo de la estructura. Y es principalmente la falla en un punto u otro de este proceso de domesticación que origina disturbios del carácter, síntomas neuróticos o psicóticos. Los estados patológicos pueden ser debidos también al deterioro de la estructura como en las psicosis funcionales u orgánicas y en situaciones traumáticas. Las estructuras pueden ser arrasadas por tensiones instintivas en aumento. Así la madurez descansa sobre la capacidad de las formaciones estructurales, en diferir los cúmulos de impulsos dirigidos a la descarga inmediata que son conceptualizados como el Ello.

Se asume aquí que los instintos no se desarrollan, solamente lo hacen las estructuras.

Neutralización versus maduración.— Kris, en 1956, sostiene que el proceso clave es la neutralización y no la maduración de las energías de defensa y resistencia. Los impulsos permanecen infantiles, sólo el Yo se desarrolla. Este es el centro de la teoría del Yo contemporánea.

La potencia original del impulso puede ser debilitada, desviada y pulida, pero en los últimos niveles de la maduración simplemente alcanza la neutralización en forma de energía disponible. Es la última realización en el control de la estructura sobre el instinto, es decir, la autonomía del Yo. Hartmann supone que para alcanzar un conocimiento manejable de la realidad objetiva, ese Yo debe ser lo suficientemente fuerte como para no tropezar en sus funciones esenciales con el Ello, y suficientemente fuerte como para no sucumbir en sus luchas contra los impulsos instintivos. Erikson, en 1946, cuestiona este punto de vista, que el Yo debe ser fortalecido y ser independiente del

Ello, es decir, que deba volverse autónomo. El critica lo que llama esta tarea o tentativa en la conceptualización contemporánea, usando comentarios de Anna Freud para ilustrarlo. Argumenta que la mecanización o independencia de la emoción, caracteriza más al Yo empobrecido que al Yo sano, y que esta perspectiva mecanicista está más en línea con el uso popular de la palabra Yo.

Hartmann, en 1939, está bien advertido del riesgo que trae enfatizar la autonomía del Yo y llevar a un Yo independiente como modelo de funcionamiento normal. Rapaport, en 1958, recuerda que el Yo más autónomo es el del obsesivo y forma parte de un esquema de falta de convicción, rigidez de creencias, credulidad y duda paralizante. Con el fin de evitar el peligro de sobrevalorar la inhibición y control, los psicólogos sugieren que el Yo eficiente es capaz de dejar de lado la autonomía e invertir el proceso de neutralización. El concepto clave usado como contrapunto de la autonomía es la regresión al servicio del Yo, ejemplificado por el funcionamiento sexual gratificante, la capacidad de dormir y la actividad creadora (Kris, 1950). Así, una consecuencia del asumir que el Yo madura mientras los impulsos no lo hacen, es que la sexualidad genital es considerada como regresiva. Si la madurez sexual es igualada con la atenuación del impulso, los actos de la unidad psíquica completa son considerados regresivos (con el grado de madurez medido por la reversibilidad de la regresión).

La concepción de Kris sobre el insight, se asemeja al punto de vista del sentido común, que iguala objetividad y ausencia de emoción. Descansando sobre la autonomía del Yo como recurso explicativo básico, los psicólogos del Yo corren el riesgo de concebir un modelo del Yo empobrecido. Una indicación de como los psicólogos del Yo descansan en la concepción de la autonomía es dada por Gill y Brenman: el avance central en la teoría psicoanalítica en las dos décadas pasadas ha sido el concepto de la autonomía relativa.

El Yo contra el impulso.— Rapaport dice que el Yo es llevado a luchar contra el impulso, con la posibilidad de una adaptación exitosa. El habla, en 1968, de aparatos del Yo como garantías que operan contra la esclavización por los impulsos, haciendo notar que, si bien la conducta del hombre está determinada por los impulsos, no está totalmente a su merced. Como un ejemplo señala que el organismo está dotado por la evolución de aparatos que lo preparan para el contacto con su medio.

La evolución no es considerada como teniendo un efecto similar sobre los impulsos: ellos no son adaptativos ni obedecen al medio. La condición de máximo impulso significa, por lo tanto, avasallamiento y pérdida de la capacidad de sobrevivir.

Anna Freud también habla del antagonismo primario entre el instinto y el

Yo. Esta hostilidad innata es indiscriminada, primaria y primitiva. Loewald sugiere que este concepto del impulso no tiene en cuenta los puntos de vista posteriores de Freud, que abandonó la oposición entre los impulsos instintivos y el Yo. Fenichel, en 1938, sostiene también que el Yo no es por naturaleza hostil a los instintos. Su organización sirve, por lo contrario, para elevar la posibilidad de satisfacción instintiva. Solamente bajo ciertas condiciones los conflictos se desarrollan. El Yo, dice Loewald, es una organización que continúa las tendencias inherentes a la organización instintiva mucho más de lo que pueda estar en oposición con ella. En la teoría psicoanalítica temprana el impulso fue claramente separado del fin, siendo una cantidad de energía a la que podían unirse una variedad de objetos. El Yo de esta teoría es una personificación de propósitos o fines y, por lo tanto, distinto de las energías instintivas generadas por fuentes somáticas. En la teoría posterior la distinción entre aparato e impulso no fue tan cortante. El resultado es que la teoría del instinto no tuvo en cuenta los posteriores conceptos de Freud sobre el impulso y así quedó bajo la égida de un anticuado modelo conceptual estímulo-arco reflejo. Loewald atribuye este desarrollo unilateral a la elaboración del punto de vista estructural de la teoría psicoanalítica que ha provocado el riesgo de aislar las diferentes estructuras del aparato psíquico entre ellas. Glover declara que, en la monografía de Hartmann sobre la Ego Psychology, falta una referencia sistemática a los factores dinámicos que operan en cada fase de la adaptación, en otras palabras, a las "vicisitudes de los instintos", y que sería preferible bosquejar los procesos de adaptación a las fuerzas instintivas en una forma más dinámica. El esquema de Hartmann es inevitablemente estático, quizás por su preferencia por una psicología estructural y mecanicista. No siempre resulta claro de qué tiene que hacerse autónomo el Yo. Es sólo cuando los instintos son considerados como fuerzas mal adaptadas, que la autonomía del Yo se presenta como urgente. Pero, qué representa la autonomía cuando el Yo es considerado continuando, más que oponiéndose a los fines instintivos? Si el estado normal es aquel en el cual el Yo se edifica sobre el Ello y es indistinguible de él, como Freud lo formula en "Inhibición, síntoma y angustia", entonces el desarrollo de la autonomía no puede ser considerado adaptativo. En consecuencia, en lugar de abandonar la teoría "anticuada" del impulso como energía pura y del Yo luchando contra él, la psicología del Yo descansa sobre ese concepto. En la teoría posterior del impulso de Freud, el fin del

instinto no es simplemente la descarga y el impulso instintivo no es ya más sinónimo de tensión orgánica. Es ahora una “función” que nos mueve en una cierta dirección, esta dirección o fin definiendo el impulso. Los impulsos se dirigen a otra cosa que a la descarga indiscriminada. El Ello, dice Loewald, es un elemento de adaptación, tanto como lo es el Yo. Sin embargo, en la psicología del Yo contemporánea, el Ello se refiere estrictamente a los esfuerzos dirigidos a la descarga inmediata, mientras todos los otros son adscritos al Yo. Se limita el funcionamiento del Ello a los procesos ciegos de descarga orgánica, adscribiendo al Yo todas las otras fases de la actividad psíquica.

La psicología del Yo tiene preferencia por las analogías orgánicas. El problema, para Hartmann, es asignar la responsabilidad al Yo, sin permitir la reintroducción de los instintos del Yo. La solución de Hartmann, descansa en el recurso de la analogía orgánica, considerando el Yo como un órgano con una función, más que como una representación de un impulso con un fin. El impulso existe solamente como una fuerza que debe ser contenida por estructuras, y se llega así al cuadro de un sistema orgánico: un aparato activado por energía. Puede uno preguntarse cómo estos aparatos pueden adquirir su energía independientemente. Rapaport reconoce que el abastecimiento energético de estos aparatos no ha sido satisfactoriamente resuelto. Las soluciones han sido: 1) atribuir impulsos o impulsos parciales a los aparatos; 2) considerar los aparatos como fuentes de energía neutra del Yo; o 3) asumir que la energía que usan, es energía instintiva neutralizada a disposición del Yo.

La primera solución aparece como un retorno a la idea de los instintos del Yo. En cuanto a la segunda, es difícil evaluar las implicaciones de una energía neutra en la concepción de energía psíquica y del punto de vista económico. Ya no es ir motivacional y así indica un punto de partida no especificado del uso de energía psíquica para representar fuerzas motivacionales. La tercera solución ha sido criticada por White y se refiere a que los aparatos autónomos sean activados por energía neutralizada. Las necesidades de “hacer y aprender a hacer” no aparecen como derivativas y están presentes desde el *comienzo* de la vida. Así, los aparatos del Yo, por lo menos en su función como causas independientes no motivacionales de la conducta, tienen que alcanzar un

status conceptual más allá del recurso terminológico. El modelo físico, derivado de la temprana matapsicología de Freud, se hace posible cuando un impulso es considerado como una fuerza pura y la defensa como una estructura en un sentido material. Además, ese modelo es solamente utilizable cuando es posible clínicamente hacer una clara distinción entre impulso y defensa.

Los impulsos quedan infantiles.— El autor ha tratado de mostrar que el punto de vista estructural descansa en que los impulsos no se desarrollan y mientras mantienen su potencia quedan mal adaptados.

En 1926, con el abandono de la teoría tóxica del impulso, Freud dejó de lado que la acumulación de impulsos era patógena en sí y asumió que el impulso se hace patológico solamente cuando es repudiado por el Yo y el Superyo, como consecuencia de la producción de ansiedad. Si el altruismo no es necesariamente un producto de la defensa y el control, esto sugiere, según el autor, que los impulsos se desarrollan, ya que los impulsos infantiles no son altruistas.

El principio de la maduración del impulso está bien establecido en el cuerpo principal de la teoría psicoanalítica y es intrínseco a la idea del desarrollo psicosexual.

El Yo y el instinto en la obra de Erikson.— Erikson no encuentra una inevitable oposición entre el Yo y el instinto y, en consecuencia, no recurre a la idea de autonomía del Yo.

Explicita su oposición al punto de vista de que los instintos deban ser domesticados. En la obra de Erikson, nada corresponde a una disposición “estructural” a actuar opuesta a la acción provocada por la energía del impulso.

La perspectiva estructural.— Tratando de preservar la temprana teoría psicoanalítica de los impulsos anti-Yo, los psicólogos del Yo colocaron toda la responsabilidad de la adaptación en el Yo. Si los impulsos comprometen la adaptación y la estabilidad, el Yo deviene el responsable de la conducta diaria. Si los psicólogos del Yo sostienen la conclusión final de Freud, de que no hay instintos del Yo, entonces la necesidad de aceptar conceptos estructurales es también evidente.

Sin embargo, cuando Freud descartaba los instintos del Yo, se alejaba de

su acerto de un inevitable antagonismo entre el Yo y el Ello. Por el contrario, afirmaba la estrecha interdependencia entre ambos. Para los psicólogos del Yo, si el Yo está edificado sobre el Ello, esto significa esclavitud frente a los instintos, y sosteniendo la concepción de Freud de que no hay instintos del Yo, se encuentran ante el problema de cómo dar cuenta de la fuerza del Yo. Esto equivale a decir, que si el Yo está dirigido a la lucha contra los impulsos y es llevado a desplegar su fuerza, no en tanto esté unido al Ello, sino cuando es autónomo del mismo, pero si al mismo tiempo el Ello es la fuente de todos los impulsos, entonces un recurso conceptual, tal como la idea de estructura, es necesario para dar razón de las funciones del Yo. Aun si estas condiciones fuesen aceptadas, la solución depende de cómo los psicólogos del Yo pueden efectivamente demostrar que la estructura no es simplemente una solución terminológica que reintroduce los viejos instintos del Yo bajo una nueva forma.

La ausencia del Superyo en la psicología del Yo,— Hasta ahora la discusión se ha referido a las relaciones entre el Yo y el Ello. Esto es dejar de lado la función del Superyo y de los objetos internos en el control, modificación y función del impulso. Considerar el control del Yo efectivo sin referirse al Superyo asimilado, más benevolente, es menospreciar las fuerzas dinámicas que hacen ese control efectivo o posible. El Superyo y sus precursores, faltan en los escritos de Hartmann, Rapaport y Gill. Zetzel, en 1956, lo hizo notar, y Rapaport, en un trabajo no publicado en 1958, acepta que el Superyo ha sido menospreciado en las concepciones teóricas generales. Prefiere considerar, contrariamente a Freud, que la represión (así como el observar, condenar, juzgar, etc.) son capacidades del Yo, que pueden ser movidas o impulsadas por el Superyo. Hace notar el autor que el punto de vista estructural cristalizó en Freud cuando llegó a la concepción del Superyo, si bien el Ello y el Yo estuvieron presentes en el pensamiento de Freud desde el comienzo.

El punto de vista estructural se refiere a la construcción de un modelo psicoanalítico que descansa enteramente en explicaciones energéticas y estructurales. Un concepto dinámico como el Superyo no congenia con este modelo porque no puede ser manejado en esos términos.

La perspectiva dinámica.— Cuando el Superyo cobra preeminencia,

como en los trabajos de M. Klein y de Erikson, los factores económicos y estructurales quedan subordinados a los dinámicos. En el sistema kleiniano, impulso y defensa son considerados fundamentalmente como expresiones inmediatas de fantasías inconscientes y de relaciones con objetos internos.

Zetzel, en 1956, trató de señalar el contraste entre la teoría kleiniana y la psicología contemporánea del Yo, mostrando en este proceso algunas de las consecuencias que tiene para la psicología del Yo el minimizar el Superyo: aquellos que enfatizan el papel del Superyo, ven en todo momento la naturaleza del Yo determinada por sus relaciones con los objetos internos y externos; no puede ser estudiado aisladamente. Las distinciones estructurales son relativamente fluidas y las conexiones con las fuentes inconscientes son consideradas como un signo de madurez del Yo. En contraste, la neutralización de la energía instintiva de la psicología del Yo, supone el divorcio de la fantasía inconsciente: la madurez es considerada como un alejarse de la fantasía inconsciente y del Superyo, más que participar con mayor libertad en fantasías más benignas y en relaciones más estrechas con un Superyo más benevolente y más plenamente asimilado. El Yo es considerado como una estructura primariamente controladora y neutralizadora, construido por un acrecentamiento gradual, y su vigor estructural es decisivo para determinar su capacidad para soportar la reexposición a las fuentes inconscientes durante el tratamiento. Así, cuando se enfatiza la estructura, mayor es la referencia al vigor estructural, esto es, a la debilidad del Yo y al defecto del Yo. El análisis de defensas precarias es peligroso, porque debilitando la estructura permite la irrupción del impulso. Los que trabajan en la perspectiva kleiniana, no tienen ese temor sentido como navegar en corrientes traicioneras". Cuanto menor sea el énfasis en la estructura, más fluida y accesible a la influencia se considera la organización psíquica. El punto crucial aquí, es que a pesar de su visión dinámica de la psiquis, el interés con respecto a los impulsos en lucha no afecta a los teóricos kleinianos, que centran su interés en la función modificadora del impulso del Superyo o más precisamente de los introyectos no asimilados, que son sus precursores. Lo mismo puede decirse de Erikson. Su trabajo es otra "psicología del Superyo". Su posición con respecto a los impulsos, es que la tradición y conciencia deben organizarlos. Como para Klein, el interés de Erikson en la fantasía inconsciente y en las relaciones con los objetos internos, tiene el efecto de obviar la seguridad o confianza en dis-

tinciones puramente estructurales. Los puntos de vista estructurales y dinámicos, aunque no incompatibles considerados en forma abstracta, tienden a correlacionarse negativamente en la construcción teórica actual.

El Yo real y el Yo defensivo.— En esta discusión, la psicología del Yo ha sido considerada retrógrada, tanto por el énfasis que pone en el control por el Yo (más que por el Superyo) y por su concepción básica del impulso. Por otro lado, los psicólogos del Yo consideran su trabajo como una extensión progresiva del pensamiento de Freud. Freud creó dos teorías relativamente completas, que ha señalado Jones, e incompatibles entre ellas: la primera, esencial a la Ego Psychology, establece que fue por conveniencia que Freud pasó del impulso en la fase primaria a la defensa en la fase posterior. El interés de Freud se concentró en sus investigaciones del inconsciente, y los impulsos y las fuerzas represoras fueron dejadas para el futuro (Strachey). Luego Freud se fue internando cada vez más en el estudio del Yo en los últimos períodos. La evolución de la teoría psicoanalítica es vista así, siguiendo una progresión lineal, llevando al énfasis postfreudiano, al Yo de Hartmann y sus colegas.

Deben hacerse dos distinciones en el concepto del Yo: el Yo de realidad y el Yo defensivo. El primero, es un mediador entre las exigencias de la realidad y las de los impulsos. El segundo, es un principio más activo que tiene fines propios, ante quienes la realidad y los impulsos deben ceder. Los psicólogos del Yo, consideran al Yo de realidad como el concepto básico de Freud. El punto de vista opuesto es que, mientras el Yo de realidad fue parte del modelo temprano de Freud, luego fue sustituido por el Yo de defensa. En “Inhibición, síntoma y angustia”, Freud reafirmó la fuerza del Yo, pero como parte del Ello y no como agente independiente del mismo. Originariamente, Freud le asignó al Yo una energía instintiva independiente, bajo forma de instintos de conservación. En 1914, en “Introducción al narcisismo”, Freud comenzó a considerar al Yo como objeto libidinal. Puede decirse quizás, paradójicamente, que con la introducción de la teoría estructural disminuyó el énfasis en el Yo como estructura separada, lo que equivale a decir que defensa versus instinto no fue ya un concepto tan tajante como lo había sido hasta entonces.

La estructura en Freud.— Sin embargo, las bases para distinguir defensa de instinto, nunca habían sido netas. Las tentativas de Freud para establecer

una topografía mental, muestran qué difícil es encontrar un criterio para dividir estructuras. Si se utiliza el criterio de consciente-inconsciente, entonces las fuerzas represoras y lo reprimido están en el inconsciente. Si, por otro lado, las estructuras se dividen en lo reprimido y lo represor, como en el modelo posterior de Freud del Yo y el Ello, el hecho que ambos sean inconscientes no se explica bien. Freud resolvió abandonar el criterio consciente-inconsciente y utilizar los términos sólo como adjetivos, que designan cualidades que pueden ser poseídas por contenidos de cualquier sistema en cualquier momento. Gill sostiene que el criterio consciente-inconsciente debió ser abandonado cuando Freud descubrió que la defensa y el impulso son inconscientes, si no siempre, por lo menos a veces.

La historia, del punto de vista estructural en Freud, está llena de revocaciones y cambios. Estos cambios de posición se adscriben a descuidos o negligencias (Gill, Strachey). Freud, en realidad, estaba demostrando que no se podían hacer divisiones estructurales nítidas, sin indebidas arbitrariedades. No se trataría de una dificultad de Freud, sino de una dificultad inherente al punto de vista estructural mismo, y la búsqueda de un criterio para distinguir una estructura de otra, puede ser cuestionada. Es afortunado que Freud no haya sacrificado su sentido clínico intuitivo, por consideración a una elegancia Procustea.

Existen bases para una división estructural? Gill trata de aclarar las formulaciones estructurales de Freud, abandonando ambos criterios de división estructural y agregando: el Yo y el Ello son un continuum y no una dicotomía, y la antítesis impulso defensa existe en todos los niveles de la organización psíquica. Esto equivale a decir, que impulso y defensa no pueden referirse a estructuras separadas, como tampoco lo consciente o inconsciente. Sin embargo, trata de salvar el punto de vista estructural rehabilitando el criterio proceso primario-secundario de acuerdo al cual las representaciones del Ello están organizadas sobre la base del proceso primario y las del Yo sobre la base del proceso secundario. Los trabajos de Gill, Arlow y Brenner, muestran que las divisiones estructurales son difíciles de mantener. Apfelbaum apunta a un criterio que no es puramente estructural y económico.

El Yo y Ello son distinciones esencialmente dinámicas. Cómo pueden ser distinguidas, dice Gill, las representaciones de la defensa de las

representaciones del impulso? Pueden serlo por sus funciones en un momento dado.

La relación entre impulso y defensa.— Una dificultad mayor, dice Gill, se establece en la definición corriente del Yo y el Ello cuando se advierte que el Ello está conceptualizado principalmente como un sistema motivacional, mientras que el Yo incluye estructuras defensivas y de descarga, así como motivaciones. Cualquier impulso o necesidad puede servir los fines del Ello, Yo o Superyo. Ciertamente, la discusión de Gill muestra porqué abandonó progresivamente divisiones estructurales netas y exclusivas. Fue un problema para Freud, con sus conceptos estructurales, aceptar que el Yo es parcial o principalmente inconsciente. También Gill sostiene que puede ser un problema para el punto de vista estructural contemporáneo, considerar el proceso primario funcionando en el Yo y la estructura en el Ello. Distinguiendo el Yo del Ello sobre las bases del propósito, puede evitar este escollo. La defensa y el impulso serían diferentes propósitos o metas que emplean las mismas unidades psíquicas en diferentes tiempos o al mismo tiempo en relación con otras unidades).

La organización de estos esquemas y su permanencia, constituye la diferenciación Yo-Ello-Superyo. Los fines del Yo-Ello pueden ser tomados como la búsqueda de ciertas gratificaciones básicas. La defensa, cuando el Superyo lo exige, toma la forma de un clivaje estructural entre el Yo y el Ello en respuesta a la ansiedad, cambiando los propósitos de ambos. Los fines del Yo se mueven en el sentido de abolir la ansiedad, es decir, evitar los sentimientos de inseguridad (pérdida de control) o inferioridad (debilidad y vulnerabilidad) y de humillación y culpa. Así, los fines del Yo cambian si son clivados de los fines del Ello pero también los fines del Ello cambian. Buscan las gratificaciones parciales (regresivas), de descarga, excepto hasta dónde tales gratificaciones son logradas indirectamente a través del encuentro con los fines del Yo. El clivaje estructural entre el Yo y el Ello, es él mismo una tentativa para ganar otras gratificaciones básicas, encontrar los fines del Superyo, cuando estos fines pueden hallarse únicamente a expensas del clivaje Yo-Ello, con la creación de nuevos déficit y desarrollo de nuevos fines para rectificarlos.

Del trabajo de Gill, Arlow y Brenner, surge que estos fines no tienen relación fija con las unidades psíquicas, todos los fenómenos de conciencia,

inconsciencia, los procesos simbólicos, y el sistema afectivo-motor puede ser empleado en momentos diferentes, o aun al mismo tiempo, con diferentes fines.

La función sintética.— Esto significa también que ciertas capacidades, pertenecientes solamente al Yo, deben ser reexaminadas. La función sintética es una de ellas, es un aspecto de la organización psíquica concebida como una fuente de energía del Yo independiente del impulso. Es la función organizadora que integra las diferentes partes de la realidad entre sí y con la realidad externa.

El autor estima que Freud no consideró los reflejos y los aparatos neurales sensoriomotores partes del Ello, ni aun los impulsos instintivos mismos como un substracto orgánico.

Cita a Loewald y a Erikson, no aceptando los puntos de vista mecanicistas y la tendencia al uso de metáforas orgánicas. Loewald, hablando de la teoría freudiana más tardía, sostiene que la síntesis no puede ser considerada solamente una función yoica. Es más exacto decir que es una función de la psiquis entera, que participa en todos sus aspectos. Rank y MacNaughton señalan que, sin el núcleo construido por la introyección de una imagen materna estable concebida como un todo, la función sintética no puede ser adquirida plenamente.

Consecuencias teóricas, del punto de vista estructural.— Algunas de las consecuencias teóricas y clínicas, del punto de vista estructural, se superponen a las discutidas al tratar el aspecto económico (Apfelbaum, 1965).

La consecuencia teórica principal, del punto de vista estructural contemporáneo, es la creación de un Yo-órgano. Este concepto de un Yo autónomo estructuralmente distinto, se ajusta al Yo de la teoría freudiana de las primeras etapas, al Yo de autopreservación, y corre el riesgo de tomar como algo inevitable el aislamiento de partes de la personalidad.

Colby hace notar que el término “ego”, hoy en *día*, es a menudo sinónimo de aparato psíquico total (Yo-Ello-Superyo).

Otra de las consecuencias teóricas principales de este acercamiento orgánico al Yo, es que se corre el riesgo de aceptar prototipos patológicos como su estado básico referencial. En el pensamiento posterior de Freud, el Yo

y el Ello son considerados como una unidad y el clivaje entre ambos es visto más como una consecuencia de la defensa en respuesta a la ansiedad.

Pero en el caso de un Yo-órgano, la separación es aceptada como un desarrollo evolutivo (Hartmann y Rapaport atenúan estas objeciones con su advertencia que el Yo no puede volverse excesivamente autónomo y perder así su capacidad de regresar). Schafer señala lo mismo con respecto a las relaciones entre el Yo y el Superyo, y parafraseando a Freud dice: el Superyo normal está muy cercano al Yo y a menudo es indistinguible de él.

Consecuencias clínicas del punto de vista estructural.— Loewald hace notar que *estos* conceptos de la teoría psicoanalítica contemporánea han afectado las formulaciones que se refieren al papel de los objetos en el desarrollo libidinoso.

También significa disminuir la importancia de las relaciones objetales internas entre el Yo y el Superyo, y las relaciones entre paciente y analista. Esto se acompaña de una disminución del énfasis en el análisis de la transferencia. El concepto señalado con respecto a la defensa, se asocia al fin terapéutico de fortalecer la defensa y evitar la interpretación en casos de pacientes muy perturbados (Zetzel). Esto lleva a preservar la defensa, fortalecer el Yo de realidad y evitar la fantasía inconsciente. Los fines terapéuticos se dirigen fundamentalmente a disminuir la ansiedad y aliviar los síntomas.

S. Acevedo de Mendilaharsu